

Algunos rasgos de la cultura “crítica y letrada” en el ciclo democrático

El aniversario de los treinta años de democracia activó una serie de análisis retrospectivos en torno a este ciclo político inédito para la Argentina. En este sentido, cabe indagar qué transformaciones se verificaron en el modo en que los intelectuales se pensaron a sí mismos y el vínculo entre su tarea y la política. ¿Qué significó ser un intelectual en estos treinta años de democracia? ¿En qué debates intervinieron? ¿Qué ideas sostuvieron y cuáles fueron sus “operaciones críticas”? En este artículo nos interesa detenernos en las intervenciones de una franja de intelectuales que tuvieron algún protagonismo en este período, una franja que aquí denominamos “crítica” por el modo en que pensó el tipo de politización admisible y deseable para un intelectual en democracia y “letrada”, por la no sólo obvia referencia a la cultura del libro y de la revistas como los soportes materiales casi exclusivos de las intervenciones de estos intelectuales, sino también por la fuerte apuesta a constituir la legitimidad de la palabra intelectual en el seno de las universidades y a partir de un proyecto de “modernización cultural” que casi se identifica con la idea de “modernización académica”. La hipótesis que intentamos defender es que algunas ideas generadas en esta cultura crítica y letrada trascendieron las fronteras académicas e incidieron en el modo de pensar el vínculo entre intelectuales y política en este ciclo de treinta años de la democracia, que el núcleo definitorio de estas intervenciones se produce en la década del ochenta y que si bien estas ideas y formas de posicionar políticamente la palabra intelectual parecen hoy históricamente agotadas, no se divisa con nitidez, en las filas intelectuales, un horizonte que ofrezca un modo alternativo no sólo de plantear el vínculo entre intelectuales y política, sino también que desafíe a fondo las premisas sobre la política y la democracia forjadas en los años de la denominada “transición democrática”.

La derrota

Un rasgo destacable en el proceso que se abre en 1983 es la adhesión casi unánime de los intelectuales a la democracia. Que ello resultaba una novedad surgía del solo contraste entre esta actitud y el modo en que los intelectuales argentinos se vincularon con la democracia en otros momentos históricos. De manera hiperbólica, el historiador Tulio Halperín Donghi describe en estos términos el complejo vínculo entre intelectuales y profesionales con la democracia en el siglo XX argentino: “Su perplejidad [la de los intelectuales y clases profesionales] ante las opciones

planteadas por un orden político [la democracia] tan distinto del que se les había enseñado a esperar los llevaría en 1930, en 1945, en 1955, en 1973 a poner su peso, y el de un séquito que – aunque siempre minoritario- tendía a crecer en momentos de crisis, en favor de salidas disruptivas de signo muy variado, que iban a tener sin embargo en común acudir a instrumentos de cambio distintos al sufragio universal” (nota al pie). Había algo, entonces, que cambiaba en 1983: los intelectuales se inclinaban mayoritariamente, contra lo que fue su práctica usual en el siglo XX argentino, por la democracia. ¿Por qué?

Por un lado, la adhesión casi unánime de los intelectuales a la democracia poseía evidentemente raíces políticas, entre las que se destacaba desde luego la persecución que habían sufrido importantes capas de intelectuales en la década del setenta, especialmente desde el ascenso de la última dictadura cívico-militar. Este clima espeso y expulsivo que se generó en la cultura argentina en el contexto del terrorismo de estado es aquello que, al captarlo, permitió que una novela como *Respiración artificial* (1980) se convirtiera en un libro con buena recepción para grupos de lectores especializados. Pero no sólo eso: la atracción que generó la novela de Piglia en estos grupos guardaba relación también con el hecho de que dotaba a la situación que atravesaban los intelectuales en la dictadura de un pasado prestigioso en cuyo espejo podían tramitar mejor lo que la novela misma, sin ser demasiado original en este punto, les venía a anunciar: que el proyecto revolucionario de los años sesenta y setenta, que había concitado la adhesión militante o el fervor de muchos intelectuales, había sido derrotado contundentemente.

Ahora bien, el vínculo entre la aceptación de la derrota del proyecto revolucionario y la adhesión a la democracia había sido uno de los temas elaborados a fines de los setenta y principios de los ochenta en distintos exilios intelectuales. En realidad, el declive del paradigma revolucionario obedecía a transformaciones más vastas que ya se anunciaban, incluso con bastante anterioridad, en otras partes del mundo: bastaba con percibir la crisis de los comunistas de Europa del Este, la aparición del más que moderado eurocomunismo en la Europa Central y el ascenso de una nueva derecha neoconservadora y neoliberal para constatar que el giro de los intelectuales argentinos era escasamente original. De este modo, ya a fines de la década del setenta muchos intelectuales argentinos percibían lo que no pudieron comprender a principios de la década, aún cuando tenían a la vista fenómenos tan expresivos en este sentido como el brutal golpe de estado a Salvador Allende: que en América del Sur, no iba a ser permitido un devenir revolucionario. Las

contramarchas en los procesos revolucionarios de América Central entre fines de los setenta y principios de los ochenta confirmarían aún más estos diagnósticos.

Es la constatación de esta derrota política lo que da lugar al surgimiento del programa político e intelectual de lo que aquí llamamos franja “crítica y letrada”, que queda expresado cabalmente con la aparición de la revista *Controversia*, una revista producida entre 1979 y 1981 por intelectuales argentinos exiliados en México (entre ellos, Aricó, Portantiero, Caletti, Casullo, Schmucler, Terán, Ábalo y Tula). En su primer editorial, este grupo afirmaba que “muchos de nosotros pensamos, y lo decimos, que sufrimos una derrota atroz. Derrota que no sólo es consecuencia de la superioridad del enemigo sino de nuestra incapacidad para valorarlo, de la sobrevaloración de nuestras fuerzas, de nuestra manera de entender el país, de nuestra concepción de la política. Y es posible pensar que la recomposición de esas fuerzas por ahora derrotadas será imposible [...] si no alcanzamos a comprender que es necesario discutir incluso aquellos supuestos que creímos adquiridos de una vez para siempre para una teoría y práctica radicalmente transformadora de nuestra sociedad”.

Este editorial dejaba planteado un programa que revistas contemporáneas o creadas pocos años después, entre ellas, *Crítica y Utopía*, *Punto de Vista*, *Unidos* y *La Ciudad Futura*, prolongarían: la elaboración del pasaje del paradigma revolucionario, basado en el cuestionamiento del poder político estatal como lugarteniente de la burguesía y de la inscripción dependiente de la Argentina en el capitalismo mundial, al paradigma de la democracia, basado ya no en ese cuestionamiento, sino en el reconocimiento del estado de derecho, las reglas de la democracia, la expresión de las “otredades” y en algún sentido también la inclusión social compatible empero con el desarrollo de una economía de mercado.

De este modo, lo que argumentaba esta franja de intelectuales críticos y letrados es que la adhesión a la democracia no era meramente el producto del rechazo del autoritarismo militar, sino también el corolario de la asunción de la derrota política del proyecto revolucionario. Así, en el mismo momento en que Montoneros decidía la “contraofensiva”, la franja crítica nucleada en *Controversia* lanzaba un polémico argumento que puede resumirse así: la derrota militar del proyecto revolucionario obedecía a una derrota política derivada de una matriz ideológica sostenida a su vez por un puñado de teorías que también habían sido derrotadas. Estas “teorías

derrotadas” que debían entonces revisarse eran la conjunción entre la teoría de la vanguardia de cuño leninista y la teoría de la dependencia. De modo que asumir la derrota revolucionaria implicaba asignarse una nueva misión teórica y política para los intelectuales: imaginar una nueva teoría que reemplace a la derrotada para dar lugar a una “práctica radicalmente transformadora de nuestra sociedad”. Esa nueva teoría debía girar, pues, en torno a la democracia.

En síntesis: el encuentro de esta franja intelectual con la democracia iba de la mano de una nueva misión para los letrados: la de reformular las bases políticas e intelectuales de la cultura de izquierda en el país. El punto más ambicioso y de mayor resonancia política de este programa teórico-político acontecería, sin embargo, años más tarde, cuando el ex presidente Alfonsín convocó, durante su gobierno, a un sector de esta franja: de esta manera, a través de la palabra presidencial, el proyecto de transformar la cultura política de la izquierda argentina devendría en un discurso que apelaba a transformar la entera cultura política nacional sobre bases democráticas. En el Discurso de Parque Norte (1985), y sobre la base de un guión escrito entre otros por dos intelectuales que intervinieron en *Controversia* (Portantiero y de Ípola), Alfonsín amplificaba de este modo los ecos de una reflexión que había tenido lugar en el exilio mexicano: “En diciembre de 1983 –decía Alfonsín– se inicia por primera vez un esfuerzo de democratización basado en la conciencia de que la claves de los pasados regímenes autoritarios residía menos en la fuerza intrínseca de los mismos que en las posibilidades que tenían de asentarse sobre una cultura política disponible para aceptarlos”.

Autoritarismo o democracia

Una de las mayores contribuciones de la nueva franja crítico-letrada consistió en contribuir a la redefinición de las distinciones políticas decisivas: si en la cultura revolucionaria la dicotomía política decisiva era *imperialismo o nación*, hacia la década del ochenta este dilema ocuparía lugares cada vez más subalternos para que el centro sea ocupado por una nueva distinción política: autoritarismo/ democracia.

Esta redefinición dialogaba con un clima cultural afín que excedía a la “cultura letrada” y que se sostenía sobre la idea, sino de una teleología histórica implícita, al menos sí de una autoconciencia de que el tiempo presente democrático representaba una suerte de tribunal último para evaluar el

sentido de la historia nacional. Películas como *Camila*, documentales como *La República Perdida* o la consigna con la cual auto-comprendió gran parte de la sociedad el carácter histórico de esta época – “Nunca Más”-, se sostenían sobre una misma premisa: que la democracia significaba el establecimiento de un nítido corte histórico entre pasado y presente.

Este corte en el modo en que se subjetivaba esta época provocaba, por otra parte, importantes zonas de sinsentido respecto al pasado más que reciente. Un caso notable era el del significativo Malvinas: como demuestra Rosana Guber en *¿Por qué Malvinas?* lo que era considerado como la “causa justa” de los argentinos, se convertía en sinónimo de una guerra mentada como “absurda”.

Sobre este humus cultural, la franja crítico-letrada, en revistas como *Punto de Vista*, dedicaría buena parte de sus esfuerzos deconstructivos a la idea de nación. Además de auto consagrar a la postura crítica de la revista con la guerra de Malvinas como un antecedente que demostraba la autoridad de los intelectuales que la integraban para pensar la política y cultura locales, los artículos de Beatriz Sarlo apuntarían a identificar los rasgos “unanimistas” y el culto a la “homogeneidad” con que había sido concebida la idea nacional en la cultura argentina, para de ese modo dejar en claro que la guerra de 1982 era la verdad última del discurso nacionalista. Paralelamente, los artículos de Sarlo recuperarían a la cultura urbana de la década del veinte como expresión de una cultura popular vanguardista y moderna, capaz de competir con las formas en que el “populismo nacionalista” había concebido a la cultura popular. En síntesis, en *Punto de Vista* democracia y nacionalismo parecían términos contradictorios.

Al mismo tiempo, la contraposición entre democracia y autoritarismo provocaba algunas lecturas selectivas de la historia reciente. En este sentido, y aunque no eran idénticas en su formulación, había un “parecido de familia” entre el prólogo del *Nunca Más*, ese libro central de la democracia que permitió esclarecer el carácter sistemático del terror estatal, y las lecturas que la franja crítica ofrecía sobre el pasado revolucionario. Mientras que el prólogo escrito por Ernesto Sábato anatimizaba a las cúpulas de las organizaciones revolucionarias lo mismo que en su cuerpo probatorio rescataba como víctimas a los militantes de dichas organizaciones, omitiendo la identidad revolucionaria de los desaparecidos, en las intervenciones de la franja crítica también el proyecto revolucionario quedaba inequívocamente asociado al “autoritarismo” (y en escritos como los de Héctor Schmucler, al “terrorismo”) y en todo caso lo que quedaba por discutir era si

dicho autoritarismo era simétricamente condenable respecto al militar (El *Nunca Más*, de hecho, no los equiparaba). Sin embargo, la franja crítica letrada se diferenciaba de la “teoría de los dos demonios” en la medida en que trataba de identificar las responsabilidades sociales que habían hecho posible el terror; bajo esta lectura, la violencia política no había sido producto de dos demonios, sino de modalidades propias de la sociedad argentina.

Asimismo, el binomio autoritarismo / democracia también impactaba en el régimen de lectura de autores o libros con gran difusión en la época. Así, la incorporación en las ediciones de *Operación Masacre* de la Carta a la Junta Militar serviría de sostén para una singular recuperación de la figura de Walsh como un intelectual crítico, denunciante y comprometido con los derechos humanos, pero no como un intelectual orgánico de la organización Montoneros. Del mismo modo, un “best seller” de los años ochenta como *Recuerdos de la muerte*, de Miguel Bonasso, debía su éxito al hecho de haber oficiado, para un gran número de lectores –incluso antes y también después del *Nunca Más* y de los Juicios a las Juntas- como la vía de entrada al tenebroso mundo de los campos clandestinos de detención; si también el libro también retenía una clave de época al inculpar a las cúpulas de Montoneros de incurrir en una despiadada política de castigos a los militantes que no lograban encuadrarse dentro de las rígidas reglas de la organización –castigos que el autor conocía de primera mano puesto que había cumplido con funciones dirigenciales en dicha organización hasta bien entrado el año 1980-, menos recordado en cambio ha sido *Recuerdos de la muerte* por una idea implícita que sin embargo lo recorre entera aunque implícitamente: que la democracia debía ser una nueva etapa, bajo otro escenario histórico y por ende con otras tácticas y estrategias políticas, para revalidar el ideario del proyecto revolucionario de los años setenta.

Por otra parte, no sólo la franja crítica-letrada contribuyó a abonar la distinción autoritarismo / democracia sino que incluso una parte de sus filas nutrió conceptualmente al discurso alfonsinista, como es el caso del Discurso de Parque Norte, en lo que tal vez constituyó el punto de condensación más alto entre la nueva política democrática y la cultura crítico-letrada. Este discurso, cuya condición de posibilidad era la tajante distinción entre autoritarismo y democracia que daba lugar al célebre “pacto de garantías”, proponía también a la sociedad un pacto de gobernabilidad basado en tres pilares: la participación popular, la ética de la solidaridad y la modernización de las estructuras estatales. Lo interesante de este documento no serían sólo sus impensadas derivas históricas (la ética de la solidaridad, que reemplazaba a la consigna justicialista

de la “justicia social”, se hundiría con la hiperinflación; la participación popular estallaría con los episodios de Semana Santa de 1987, donde el propio Alfonsín terminaría convocando a la desmovilización tras anunciar “la casa está en orden”; finalmente, la modernización del Estado sería ejecutada, al modo menemista, con una política de privatizaciones que implicaban una “cirugía mayor sin anestesia”), sino también el modo en que expresaba un marcado rasgo de la cultura política de los años ochenta: el moderatismo político. En efecto, la paradoja de esta cultura política era el abierto contraste entre el proclamado principio de la “autonomía de la política” y la imposibilidad de ir a fondo en la identificación de lo político con la capacidad de reconfigurar las relaciones de poder. Lejos de ello, la preocupación que termina dominando, en la teoría y en la política de la transición democrática, es la de neutralizar el carácter disruptivo de la decisión política para colocar el énfasis en una red de conceptos que asociaban la política con el respeto por las reglas, los pactos y la institucionalización del orden. Dicho de otro modo, lo que se terminaba esperando de la política no tenía que ver con “patear el tablero”, sino justamente con reordenarlo, para conjurar así la irrupción del pasado autoritario. El neoliberalismo económico de los noventa, en este sentido, fue una deriva posible del liberalismo político de los ochenta.

La democracia y sus saberes

La percepción del nuevo tiempo democrático a partir de la figura del corte entre un pasado autoritario y un orden que auspiciaba la libertad también trajo aparejado transformaciones en la producción del discurso reconocido como científico y en la índole de preguntas consideradas relevantes en el nuevo contexto histórico. En este sentido, la “ciencia política” se consagró como la “ciencia de la democracia” y su impacto fue tal que daba la impresión de que los propios sociólogos dejaban de hablar en términos de “estructuras sociales” para convertirse en expertos en democracia. Los artículos de Juan Carlos Portantiero recopilados en *La producción de un orden* son representativos de este pasaje: quien hasta fines de los setenta todavía pensaba los problemas de la sociedad argentina con una lupa en su estructura social y a través de categorías de inspiración gramsciana como “empate hegemónico”, hacia los ochenta terminaría concluyendo que unos de los problemas centrales de las elites políticas argentinas era haber leído con mayor efusión a Hobbes y Rousseau en lugar de atender a Locke.

La ciencia política abría tres problemas de interés para la época: el comportamiento del votante, que se mantiene hasta la actualidad y dos problemas típicos de la “transición”: la consolidación del sistema político (ya sea en clave del viejo lenguaje de la sociología funcionalista, entendido como sistema capaz de amortiguar las demandas para asegurar la gobernabilidad, ya sea a través de un gramscismo estilizado, como mediación política tendiente a conformar nuevos puntos de equilibrio -de hegemonía- entre Estado y sociedad en tiempos en que la “guerra de maniobras” debía dejar lugar a la “guerra de posiciones”) y la explicitación de un supuesto central de aquellos años, por el cual el nuevo saber pagaba su tributo a una época que se auto comprendía como “postmarxista”: el de la “autonomía de lo política”. La consagración, en este período, de libros como *El orden conservador* de Natalio Botana, que analizaba la política argentina entre 1880 y 1910 ya no teniendo en cuenta actores sociales, sino a través del estudio de los rasgos específicos de un sistema y de una clase política, era un claro síntoma del nuevo clima cultural.

Por otra parte, en los años de la transición democrática se operaron también transformaciones en los modos de producción misma los saberes. En este sentido, la franja crítica letrada fue parte destacada de un proceso que fue comprendido bajo el mote de “modernización del campo cultural”, lo que significaba que, tras los años de “oscurantismo cultural” asociada a la dictadura, los intelectuales asumían como propia la tarea de redefinir los criterios de consagración de las producciones intelectuales. En este proceso, las Universidades Nacionales serían sedes privilegiadas de la reconstitución de los campos disciplinarios y de la definición de lo académicamente autorizado: el reemplazo de los elencos docentes universitarios y las reformas en los planes de estudio en diversas carreras fueron, entre otros, índices de este proceso de “modernización cultural” identificado con la idea de “modernización académica”.

En este contexto en el que se cruzan la democratización de la vida política y la “modernización cultural” con sede universitaria, se consolidaría la figura del “intelectual crítico” como el intelectual demandado por la democracia. Si bien el proceso de “modernización cultural” habilitaba al intelectual a intervenir en la cosa pública como un “especialista” de lo social, la franja crítica-letrada más bien rehusó reconocerse en la imagen del “experto”, como lo había hecho también con la figura del “intelectual orgánico”, un tipo de intelectual identificado con la cultura política revolucionaria. Nuevamente sería Beatriz Sarlo quien consagraría al intelectual crítico como el intelectual democrático en un célebre artículo publicado en *Punto de Vista*, titulado

elocuentemente “Ni mimesis ni escisión”. Allí se sugería que el intelectual no debía renunciar a la especificidad de su discurso en nombre de demandas del poder, pero también se señalaba el carácter problemático de acotar el horizonte de su intervención al espacio académico que consagraba al intelectual como un experto de lo social.

De este modo, uno de los grandes inventos de la franja intelectual crítica consistió justamente en desconocer el carácter crítico que estaba indisolublemente ligado al intelectual revolucionario, para atribuir con exclusividad ese carácter al intelectual democrático, que al ser independiente ya no es orgánico, pero que, por medio de la crítica, puede ejercer el compromiso con la política, evitando así la fuga a la torre de marfil del intelectual experto o del especialista. La vigencia de este modo de pensar al intelectual se corrobora dos décadas después en un intelectual tan disímil a Sarlo como Nicolás Casullo, quien en el capítulo “Intelectuales” de su libro *Las cuestiones* plantea casi en los mismos términos qué significa ser un intelectual.

Dilemas intelectuales y políticos

Estas definiciones en torno a la figura del intelectual y, más generalmente, a los nuevos modos de pensar la política, generaron conflictos y tensiones. Uno de ellos consistía en definir si el “intelectual crítico” debía aceptar la interpelación del político y sumarse a la gestión estatal. El diálogo entre Eduardo Mocca y Portantiero que se lee en *Juan Carlos Portantiero: un itinerario político intelectual* da cuenta de estas tensiones en los años ochenta. Sin embargo, es posible afirmar que aun quienes aceptaron, en los años de la transición democrática, la convocatoria del poder político y se acercaron, como vimos, a Alfonsín, lo hicieron no como sujetos que buscaban inscribir su biografía en la trama de un colectivo político al cual debían ofrendar su discurso sino que, por el contrario, la convocatoria alfonsinista en buena medida invitaba al compromiso preservando cierta autonomía del discurso intelectual. En similares términos puede analizarse el acercamiento, muchos años después, del grupo *Carta Abierta* al kirchnerismo: si hay algo que se enfatiza en cada Carta del grupo, es el hecho de que está escrita por intelectuales críticos, como si la adhesión al kirchnerismo no fuera sino el corolario, según estos intelectuales, del ejercicio mismo de la crítica. En definitiva, aunque con tensiones, en ambos casos se trabaja con la idea de un intelectual crítico que es al mismo tiempo independiente y comprometido con la política.

Asimismo, otra de las tensiones que se plantearon en el campo intelectual puede resumirse en la siguiente pregunta: ¿eran realmente “críticos” los intelectuales que se definían como tales? Por citar sólo tres ejemplos con estilos, procedencias y formaciones muy diversas, David Viñas, León Rozitchner y Rodolfo Fogwill, relativizaron el carácter “crítico” de los intelectuales “críticos”. Si pudieron hacerlo, es porque cuestionaron un supuesto central del nuevo consenso democrático, a saber, la idea de que 1983 establecía un parteaguas en la historia política argentina. En la mirada dispar de estos tres intelectuales, subyacía un mismo diagnóstico: que la democracia, lejos de revertir la derrota infringida al campo popular por la dictadura, la terminaba consolidándola por otros medios, es decir, la institucionalizaba (de modo tal que, para estos intelectuales, el verdadero intelectual crítico era aquel que ponía en discusión este supuesto sobre el que se basaba el nuevo consenso democrático). Sin embargo, y como puede verse, este cuestionamiento no conllevaba a poner en discusión la figura del “intelectual crítico”, sino a discutir cómo y quién tenía derecho a apropiársela. A su modo, Viñas, Rozitchner y Fogwill asumieron una figura asociada también con la crítica: la figura del intelectual como “francotirador”.

Un problema político que se desprendía de la forma en que se legitimaba la democracia en los ochenta era el siguiente: ¿si la distinción entre pasado y presente era tan tajante: de qué modo una sociedad atravesada por el autoritarismo devendría en una sociedad democrática? De otro modo: ¿de dónde surgiría el nuevo sujeto democrático? Esta pregunta sostuvo algunas de las búsquedas intelectuales de aquellos años. Algunas de ellas estaban signadas por un fuerte *societalismo* que confiaba en la acción virtuosa de la sociedad civil para constituirse en sujeto y darse una norma democrática; en clave historiográfica, algunos historiadores como Hilda Sabato y Luis Romero emprendieron bajo esta clave la búsqueda en el pasado argentino de los “nidos de la democracia” con los cuales pudiera filiarse históricamente el tiempo presente –y encontraban esos nidos allí donde no aparecía el peronismo. Otras interpretaciones en el campo intelectual arrojaban empero un diagnóstico sumamente sombrío a la hora de analizar los rasgos de la sociedad argentina: los evidentemente disímiles trabajos de Guillermo O’ Donnell reunidos en *Contrapuntos* o las historias de las ideas de Oscar Terán detectaban en cambio otro rostro para una sociedad definida por el “corporativismo anárquico”, los “bloques tradicionalistas” y el “delirios de grandeza”; si en O’Donnell de todos modos podía detectarse sino una esperanza, al menos una reflexión que apuntara a la capacidad de las instituciones de moldear nuevas conductas, en Terán lo que predominaba era un marcado escepticismo trágico.

Como sea (y este problema excedía los límites del campo intelectual), el fuerte impacto simbólico que establecía el corte entre autoritarismo y democracia facilitaba la identificación con sujetos que se constituyeran en sostenes imaginarios capaces de garantizar el pasaje de un estadio a otro. El jurado del Juicio a las Juntas intentando consagrar la primacía de la Ley; la polémica investidura de Ernesto Sábato como autoridad moral que trascendía las vicisitudes de la historia política argentina; y la figura misma de Raúl Alfonsín ya no el destinatario de un poder político que la sociedad le confería a través de un pacto democrático sino como el garante mismo de ese pacto y, por ende, como el garante mismo de todos el sistema democrático, se erigieron aunque sea en un breve lapso de tiempo en objetos de identificación por parte de una sociedad que les entregaba su confianza para operar el pasaje entre el pasado y el presente, entre el autoritarismo y la democracia.

Finalmente, los problemas teóricos y políticos que planteaba la transición no afectaba del mismo modo a los intelectuales socialistas que a los peronistas. Mientras que para aquellos el problema a pensar era de qué modo la democracia que defendían se diferenciaba de una democracia liberal, para los intelectuales peronistas la democracia les planteaba un triple desafío: pensar el liderazgo político después de la muerte de Perón y el fracaso estrepitoso de su esposa Isabel; elaborar una derrota electoral inesperada en 1983; y demostrar, frente a los intelectuales afines al alfonsinismo, que el peronismo era el auténtico movimiento democrático y no el atávico resurgimiento del pasado autoritario. En este trayecto, muchos de los intelectuales peronistas abandonaron el Partido Justicialista reclamando una *renovación democrática* de la propia identidad política, una renovación que, para muchos de ellos, sólo comenzó a construirse a partir de 2003, como sostiene Horacio González en *El peronismo fuera de las fuentes* (2008).

Derivas de la transición democrática

Dos de las contribuciones centrales de la franja crítico-letrada de los años ochenta, a saber, la delimitación de las distinciones políticas decisivas en términos de democracia / autoritarismo y la identificación del intelectual con la figura de la crítica, siguen operantes en la actualidad. A tal punto la distinción entre autoritarismo y democracia está vigente, que uno de los modos usuales

de designar al adversario político consiste en identificarlo con la dictadura, aun cuando se trate de un sujeto elegido por el voto popular.

Del mismo modo, la figura del “intelectual crítico” sigue operando aun cuando se divisan ciertos fenómenos que vienen a ponerlo en cuestión: el retorno inesperado del “intelectual orgánico” por medio de los *think tank* del neoliberalismo que hegemonizaron el discurso político y mediático en los años noventa; la crisis misma, en tiempos posmodernos, de principios en cuyo nombre ejercía justamente la crítica este tipo de intelectual; y la creciente importancia que asumieron los medios masivos de comunicación, que invita al “intelectual crítico” a pensar al menos tres puntos: qué distingue a un intelectual crítico de un opinólogo, de qué modo los inevitables efectos paródicos que producen los medios repercute en la figura de este tipo de intelectual (en efecto: ¿qué imagen de intelectual crítico devuelve el fenómeno de la “plebeyización” de esta figura bajo la forma del panelista o del público que oficia de jurado?) y, por último, hasta qué punto el discurso crítico, al definir a los medios como objetivo de una “batalla cultural”, no deriva en un discurso que empieza y culmina en la escena mediática, sustrayéndose de ese modo de la política misma.

Sin embargo, hay un último punto para reflexionar: si de veras estos dos inventos teóricos de la cultura letrada que convergen en los años ochenta (la delimitación autoritarismo / democracia y la figura del intelectual crítico) siguen siendo productivos precisamente para pensar la política democrática o si, en cambio, representan ya verdaderos “obstáculos epistemológicos” y revelan serias limitaciones políticas. En efecto: ¿de qué modo, por ejemplo, estas creaciones teóricas aportaron algo sustantivo para reflexionar sobre momentos sin embargo claves, por lo críticos, de este ciclo de treinta años de democracia, como la crisis hiperinflacionaria de 1989-1990, la crisis del 2001 y la crisis por la Resolución 125?

Lo que tienen en común estas tres crisis diversas, es que plantearon con enorme dramatismo el vínculo precario entre un orden político y la distribución escasamente democrática de los poderes sociales. Ahora bien, una democracia entendida en los términos del moderatismo político de los años ochenta, tan atenta a pensar la tramitación de estos conflictos desde la perspectiva de la consecución de equilibrios entre el Estado y la sociedad, sólo puede sacar como conclusión que, dado que el sistema político se mantuvo en pie, entonces la democracia resultó fortalecida. El precio a pagar por esta conclusión autocomplaciente es renunciar a pensar a los poderes sociales

constituidos y constituyentes y también cuál es el poder popular que es capaz de construir un orden democrático. Del mismo modo, cabe preguntarse si el “intelectual crítico”, que se define justamente como aquel que viene a denunciar los poderes sociales constituidos, puede sin embargo, tal como fue definido en los ochenta, inscribirse en un proyecto político que se proponga como objetivo la organización del verdadero poder democrático, el del pueblo. ¿Puede el “intelectual crítico” devenir en una nueva forma de “intelectual colectivo” que sea capaz de redefinir el sentido político –y defender los no pocos logros, sobre todo de esta última década- de la democracia?